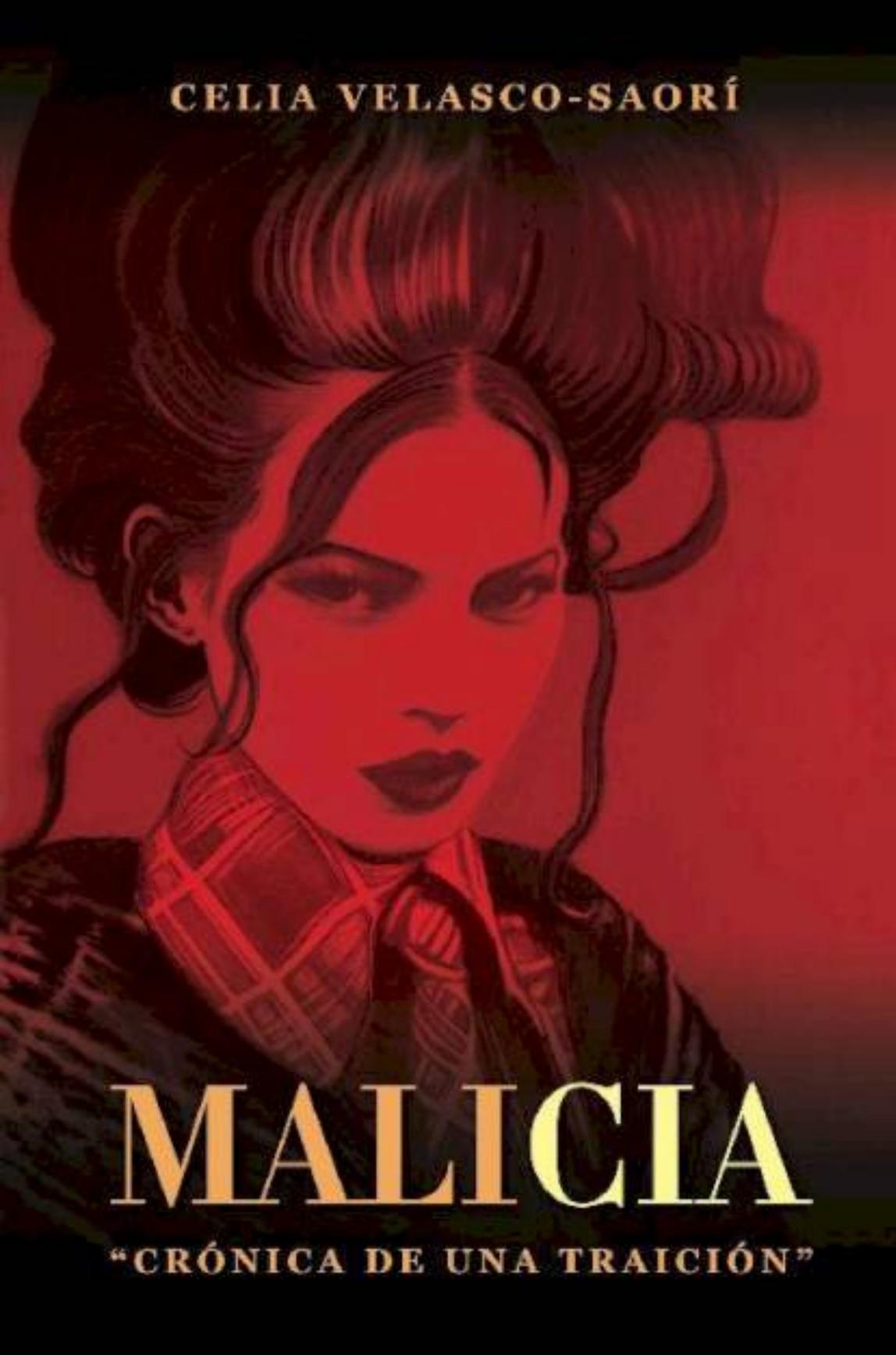


CELIA VELASCO-SAORÍ



# MALICIA

“CRÓNICA DE UNA TRAICIÓN”

**Celia Velasco-Saorí**

**MALICIA**  
**CRÓNICA DE UNA TRAICIÓN**

## SOLAPA PORTADA

Celia Velasco—Saorí nace en Madrid. Reside en Palma. Casada y madre de 2 hijos.

Una vez finalizados sus estudios, vivió 2 años en Londres.

Visitó buena parte del mundo durante 8 años en su etapa de azafata de vuelo.

Se introdujo discretamente en un mundo que la fascinaba: la Comunicación, llegando a ser locutora de radio, en las facetas de presentadora, entrevistadora y directora de programas de sociedad, alternándolo con la prensa escrita, como redactora durante más de 12 años.

Tras esta experiencia, emprendió un nuevo camino como empresaria de Publicidad, Marketing, RR.PP., Organizadora de Eventos y editora de libros como: La Guía de Mallorca (durante 15 años consecutivos), Quién es Quién en la Política Balear, y otros para el Parlament de Les Illes Balears y el Ajuntament de Palma. Después de las muchas teclas tocadas en su vida, ha retomado su pasión por las letras, leyendo más que nunca, escribiendo, y principalmente recordando los consejos de su profesor de Literatura, el ilustre escritor y poeta Gerardo Diego, quien le auguró un buen futuro como escritora.

### **Novelas publicadas y auto editadas:**

**Los atardeceres de Julia**

**sexoenlared.com**

**Don Isidoro**

**Vidas Rotas**

**Tatiana Petrova: La Profesional.**

**CELIA VELASCO-SAORÍ**

**MALICIA**  
**CRÓNICA DE UNA TRAICIÓN**

**Esta historia es un canto a la amistad y al amor.**

Para ti, mamá, que te fuiste cuando todavía no había terminado de escribir esta historia.

Tuve que dejarla reposar durante unos meses mientras me hacía a la idea de que ya no estabas, hasta que sentí que me alentabas a continuar.

¡Ya es la sexta, mamá! Pese a que mi deseo de adolescente fuera otro muy distinto, no olvido que siempre me animaste a escribir. La vida se encargó de llevarme por caminos que me han aportado imborrables experiencias que jamás olvidaré.

Pero hoy, por fin, he hecho lo que tú me aconsejaste, y que también me sugirió el que fuera tu profesor de Literatura, y el mío muchos años después, el poeta y escritor Gerardo Diego, que me decía en sus clases: "*Usted tiene que ser escritora*".

Pues los deseos de ambos, a estas alturas de mi vida, se han hecho realidad, habiendo disfrutado antes de otras etapas para descubrirlo.

Ahora, mi mayor deseo, es que te sientas orgullosa de mí. Sabes que no busco fama, solo el reconocimiento del lector. Hablamos esta noche, como hacemos todas las noches. Siempre estarás a mi lado.

Copyright 2019: Celia Velasco—Saorí

Imagen y diseño de portadas: Carlos Prieto ([www.carlosprieto.es](http://www.carlosprieto.es))

Maquetación: Pedro Prieto Cortés

Edita: Prive Servicios y Comunicación S.L.

Imprime: Xisco Art Gráfico

c/ Blanquerna1 nº 53 (07003 Palma)

Email: [celiavelascosaori@gmail.com](mailto:celiavelascosaori@gmail.com)

ISBN:

D.L.

Esta es una obra de ficción, por lo que cualquier parecido a la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos y diálogos son fruto de la imaginación de la autora.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o similares, sin permiso de la autora. La infracción de los derechos mencionados, puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual ( Art. 270) y siguientes del Código Penal.

## PRÓLOGO

Permítanme que inicie este breve prólogo utilizando un texto del gran escritor Ray Bradbury, maestro de maestros, que expresa así su visión acerca de las cualidades del buen escritor:

"Si uno escribe sin garra, sin entusiasmo, sin amor, sin divertirse, únicamente es escritor a medias. Significa que tiene un ojo tan ocupado en el mercado comercial, o una oreja tan puesta en los círculos de vanguardia, que no está siendo uno mismo. Ni siquiera se conoce. Pues el primer deber de un escritor es la efusión de ser una criatura de fiebres y arrebatos. Sin ese vigor, lo mismo daría que cosechase melocotones o cavara zanjas; Dios sabe que viviría más sano".

Estas palabras, extraídas de Zen en el arte de escribir, sirven para describir la personalidad y la actitud literaria de Celia Velasco, quien ha publicado seis novelas en los últimos seis años con muy buenas críticas de sus lectores.

La novela que leerán a continuación gira en torno a las vidas de una serie de personas que une el destino. Salvador, es uno de los protagonistas de este relato, un joven inquieto y soñador, ilusionado en llegar a ser escritor, que desde la huerta murciana llega a Madrid para estudiar Periodismo, y en quien, con el paso de los años, se obra una serie de cambios originados por la relación que mantuvo con personas que se cruzaron en su camino, por las muchas pruebas que le puso la vida, y por los retos que él mismo se marcó.

La historia que da pie a MALICIA surge a raíz de la amistad que, de forma espontánea, fluye entre Salvador y Juan, un extraño personaje que ha buscado refugio en la Taberna de Tomás, donde aquel hace sus

comidas diarias durante los años que permanece en Madrid. A Salvador se le despierta la curiosidad, y necesita saber cual es el motivo que lleva a Juan a esconderse en una taberna de barrio, y este termina por contarle que está huyendo de unos malhechores que tratan de extorsionarle. Una estrecha amistad nace entre ambos, lo que les lleva a reunirse casi a diario durante más de dos meses, en los que Juan le cuenta su vida: una bella historia de amor, trabajo y amistad, que se truncó cuando apareció en su entorno laboral una

bella tailandesa sin escrúpulos, que destroza completamente su vida.

Con el paso de los años, Salvador, que ha conseguido ser un reconocido escritor a nivel mundial, y que se ha pasado parte de su vida viviendo aislado del mundo en plena naturaleza del sureste de Inglaterra, junto a su amigo Jack, creador de importantes video juegos, decide que es el momento de regresar a su país, pero no sin antes darle vida a la fantástica historia que le contó su amigo Juan, cuya trama no dejará indiferente a nadie, y con un final, como suele ocurrir en todas las novelas de Celia Velasco, sorprendente...

J.A. Montañez

## Un repaso a mi pasado

Conocí a un extraño personaje en una taberna de Madrid, quien terminó por contarme una tremenda historia que acababa de ocurrirle, y que me enganchó de tal manera, que nos reuníamos en ella casi a diario para que me la fuera relatando.

Por aquel entonces estudiaba la carrera de periodismo, y jamás pensé que muchos años después me convertiría en un reconocido escritor.

Hoy son catorce libros los que he escrito, once publicados, y de ellos, nueve premiados. Pero, lo más importante para mí, es haber conseguido el reconocimiento de miles de lectores de buena parte del mundo, pues han sido traducidos a varios idiomas. ¡Ah!, y estuve en busca y captura por alguna de las editoriales más prestigiosas cuando alcancé un gran éxito con mi primera novela, de la que recibí un premio de gran renombre literario. Pero, sinceramente, creo que lo que más atrajo a las editoriales, al margen de la calidad narrativa de la historia, fue el diseño de sus portadas, de las que fue autor Jack, un joven inglés que, en temas informáticos, de creatividad y diseño, era el puto amo. Él se encargó de controlar todos los pasos hasta meterla en imprenta, y como llevaba tiempo trabajando con una importante distribuidora internacional que era la que posicionaba sus vídeo juegos en las mejores tiendas del mercado, se ocupó también de que distribuyeran mis novelas en importantes librerías y centros comerciales.

Yo atravesaba un mal momento emocional cuando el Destino puso a Jack Roberts en mi camino. Nos conocimos en Madrid de manera fortuita, en un centro en el que se presentaban las últimas novedades en vídeo juegos durante una semana, evento al que acudieron decenas de jóvenes. Me regalaron una entrada para el día de la inauguración, y como no tenía nada mejor que hacer, fui a ver de qué iba aquello, pues nunca despertaron mi interés esas maquinillas.

Acudí al acto porque así estaba escrito. Jack, situado a pocos centímetros de mí en una gran sala abarrotada de gente, a las dos horas de estar allí, se sintió, al igual que yo, agobiado por la falta de aire. Cruzamos unas palabras, y salimos juntos a la calle a tomarnos unas cañas en el primer bar que vimos. Y desde ese día, no nos separamos hasta doce años después.

Mi nuevo amigo inglés había llegado a Madrid hacía diez meses para asistir a otra convención internacional de vídeo juegos, le gustó la ciudad, y como era hombre de ningún lugar, decidió quedarse un tiempo hasta aprender bien el idioma, para lo que tenía gran facilidad, y de paso, contactar con gente que estuviera dedicada a temas informáticos. Él vivía por y para ello.

Cuando me invitó a conocer su casa, una enorme posesión a la entrada de Pozuelo de Alarcón, casi se me saltan las lágrimas si la comparaba mentalmente con la buhardilla del Barrio de Chamberí en la que yo vivía, donde apenas tenía espacio para poner el ordenador sobre la mesa. En la planta noble, había instalado numerosos ordenadores, conectados entre sí, con los que trabajaba simultáneamente, creando unos vídeo juegos que se los quitaban de las manos.

Jack Roberts era el hijo menor de una buena familia británica. Cuando cumplió dieciocho años, contradiciendo los deseos de sus padres, quienes le aconsejaron que termina-

ra una carrera antes de marcharse de casa, salió en busca de sus sueños, recorriendo distintos países con una simple mochila colgada a la espalda y muchas ilusiones e ideas almacenadas en su mente.

Tenía siete años más que yo, y se notaba que había recorrido mundo por lo desenvuelto que se le veía ante cualquier situación. Hablaba alemán, francés, español, y naturalmente, su idioma materno, inglés, por lo que me resultó más sencillo terminar dominando el idioma, del que ya tenía algunas nociones cuando le conocí.

A su lado me sentía seguro. Me explicó cómo había que desenvolverse en países en los que no conoces a nadie, en los que tienes que buscarte el modo de comunicarte, aprender sus tradiciones, su lengua, etc. Hasta que, de repente, un día llegas a un lugar que te transmite buenas vibraciones, y decides permanecer en él más tiempo, porque presientes que te ayudará a hacer grandes cosas.

“En el caso de que quisieras compaginar tu carrera de periodismo con la escritura —me decía—, viajando puedes aprender cosas interesantes de cada ciudad, de sus costumbres y de sus gentes, lo que te ayudará a conseguir un buen puesto de trabajo en algún medio de comunicación cuando regreses a España, pues tendrás una nueva y más amplia visión periodística, lo cual, sumado a tus excelentes notas de final de carrera, será tu mejor carta de presentación”.

Unas semanas más tarde, me dijo que no tardaría mucho en emprender un viaje por Europa, sin un destino determinado, quedándose los días que le apeteciera en cada uno de ellos. Y me propuso unirme a él.

Le fui muy franco desde el principio, advirtiéndole que mi situación económica no me permitía acompañarle. Pero él insistió en correr con todos los gastos.

“Me jacto de conocer a las personas —me dijo serio—, y terminarás consiguiendo lo que te propongas. Eres bri-

llante en tus estudios, y te has tomado muy en serio dedicarte a la escritura. Así que, cuando seas famoso, podrás devolvérmelo”.

Yo me reía al escuchar el convencimiento con el que me lo repetía una y otra vez, advirtiéndole que se fiaba demasiado de una quimera. Pero él insistía, y me contestaba que no solía equivocarse con la gente. Ante esas palabras, me encontré con el reto de tener que demostrarle que no le defraudaría.

Le conté que había estado en Etiopía, donde mi novia cooperaba con una ONG. “Quise acompañarla, aunque solo pude aguantar allí siete semanas, que aproveché para escribir un borrador sobre esa experiencia”

Me dijo que le gustaría echarle un vistazo, y se lo enseñé.

Cuando lo leyó, me animó a que lo repasara para publicarlo.

“Es mejor de lo que piensas —me dijo, convencido—. Me temo que no crees demasiado en ti mismo. Es muy bueno lo que has escrito en estas hojas, Salva. Solo tendrás que pulirlo, y te aseguro que encontraremos un buen editor”.

Así que viendo la confianza que había depositado en mí, y que para él no suponía ningún sacrificio correr con los gastos del viaje por Europa, terminé aceptando su ofrecimiento, pues, pensándolo fríamente, me di cuenta de que si no me subía a ese tren que se había parado en mi estación, era muy probable que no se me presentara otra oportunidad.

Una vez que cruzamos los Pirineos, nos quedábamos durante unos días en los lugares que más nos llamaron la atención. Íbamos de un sitio a otro, pasando por grandes ciudades y pequeños pueblos. Jack insistía en la importancia que tenía saber adaptarse a todas las situaciones, “que te permitirán tener una visión más amplia a la hora de re-

dactar historias para tus libros. Y ya verás como tropezaremos con un lugar que nos cautivará, donde decidiremos permanecer más tiempo. Conozco esa sensación. Sin saber el motivo, un día llegas a un sitio que te atrapa, porque presientes que en él puede cambiar tu vida. Como me pasó a mí cuando llegué a Madrid, que sentí que algo me obligaba a quedarme en la ciudad. Y acerté. Porque además de aprender el idioma, contacté con gente que, como yo, teníamos los mismos intereses: los video juegos. Y no te imaginas lo que aprendí de muchos, y lo que enseñé a otros”.

Casi tres meses más tarde, tras haber recorrido miles de kilómetros en tren, autocar, coche, y a pie por media Europa, decidimos regresar a Madrid. Él para recoger todas sus cosas, embalarlas, y enviarlas al almacén que tiene en la casa de sus padres, en Londres, hasta que decidiéramos asentarnos en algún lugar, y yo para dejar mi ático y despedirme de mi gente, pues habíamos decidido seguir viajando, y desconocíamos el tiempo que íbamos a estar ausentes.

Jack apenas tenía amigos en Madrid, pues vivía encerrado en su preciosa casa de Pozuelo de Alarcón, y no conocía ni a sus vecinos. Solo se relacionaba con determinadas personas que tenían que ver con el mundo de la Informática, además de no perderse sus clases de español, para lo que tenía un profesor que iba a su casa cinco días a la semana. Y también se reunía con otros extranjeros que hacían tertulias en un local del centro de Madrid algunas tardes.

Pero a mí me costó mucho despedirme de las personas con la que había convivido durante los años que estudié mi carrera. Era gente con la que compartí más experiencias que con mi propia familia.

Me dolió mucho decirle adiós a mi chica, Sofía, que acababa de regresar de Etiopía con varios kilos de menos y